

PROFUNDIZACIÓN - 16. «HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

«¿Cuándo te has sentido realizado y útil?». Don Giussani desafía nuestro modo de pensar, replegado muchas veces sobre el provecho, el gusto o la comodidad para el individuo, con un criterio nuevo que rompe nuestra medida: «¿Cómo podré darme con todo mi ser, servir más al todo, al reino, a Cristo?». La existencia cobra sentido y profundidad solo si es vivida como construcción del reino, como servicio a Cristo y a su designio sobre la realidad.

Pero esta energía para construir no es el producto de un esfuerzo humano generoso, sino el fruto que genera Cristo en quien le ha descubierto como centro de la vida: «Solo tú, Señor, me das seguridad» (Huellas de experiencia cristiana – ficha 16).

Es lo que cuenta también Cilla, que colabora con Portofranco en Monza.

En noviembre empezó la aventura del centro de ayuda al estudio Portofranco también en Monza, y yo formo parte del grupo de profesores que lo cuida.

«¿Cuidar de *qué*?». Mi experiencia parte de aquí, de esta pregunta. Porque una cosa es ocuparse de los chavales para que consigan unas notas más o menos decentes, hagan los deberes para las clases del día siguiente y consigan recuperar las asignaturas de las que dicen: «Profe, ya puedo estudiar tres días seguidos que sigo estando “por debajo”». Otra cosa es cuidarles a ellos, cuidar su persona, su presencia en el mundo, tan cercana a la mía que me hace experimentar una profunda ternura cada vez que me miran y me dicen: «Profe, ¿a usted también le pasa que tiene “un porrón” de cosas, pero es como si faltara siempre la más importante?». Sí, a mí también me pasa, ¡y de qué manera! Si voy a Portofranco es por esa necesidad, por esa nostalgia desmedida que ninguna de todas esas cosas puede llenar.

Desde que voy allí mi actitud, o mejor dicho, mi pregunta ha ido cambiando paulatinamente hasta convertirse en: «¿Cuidar de *quién*?». Y la respuesta: «De mí, de mi necesidad, de mi corazón mendigo. Cuidar de lo que percibo como mi necesidad más urgente: mi encuentro con Jesús».

Solo tras haber tomado conciencia de esta exigencia, tan verdadera y concreta hasta el punto de hacerme saltar como un muelle cada vez que se habla del tema incluso en familia, con Claudio y con mis hijos («Mamá, ¡te enciendes cuando hablamos de Portofranco!»), solo cuando he vislumbrado lo mucho que me interesa, consigo centrarme en los chavales. Aunque vayan simplemente para hacer los deberes, llegan siempre cansados, hambrientos y sedientos, con sueño, y a veces te suplican: «Profe, ¿puedo quedarme un rato más “fuera” antes de empezar? Llevo todo el día “encerrado”». Y tú no solo le das la razón sino que sales con él: «Vale, empezamos en cinco minutos».

«Este es el método de Dios», me digo a mí misma. Él consigue juntar cada pizca de lo “bueno” que hay en nosotros, tomándolo de cada circunstancia banal. Y logra “escribir recto” con nuestros reglones torcidos. Y cuida de mí, haciéndome creer que soy yo la que cuida del otro.

Portofranco es una realidad. Está hecha de cuatro paredes, de una puerta que tardas diez minutos en abrir, de una caldera que tarda otros diez minutos en encenderse, cuando todo va bien... Y de frío, a pesar de tener todas las ventanas con las persianas cerradas para »

» que la temperatura no baje aún más: «Pero, profe, ¿qué es lo que nos interesa?». Es así, Portofranco es un lugar vivo de encuentro, es la experiencia viva de una belleza que va más allá de lo que se ve y se siente, más allá de todo lo que pasa allí dentro. Y no es por nuestra capacidad, sino por el don de Otro.

La última vez, después de la clase, me quedé con Paola y Stefano. Nos preguntábamos: «¿Por qué?». Porque está Jesús. Esta es la única respuesta razonable. Está Jesús. Si estoy atenta, le puedo ver. Vuelvo a casa, me siento como una bombilla encendida. Vuelvo a leer las palabras de Wael Farouq en *Huellas* de febrero: «El diálogo ya no es una forma de negociación para llegar a un compromiso. Ya no es la búsqueda de puntos de contacto, ni el intento de sobrevolar sobre las diferencias. Ya no es diálogo formal sino presencia. En todas sus formas, la presencia genera esperanza. No hace falta ser intelectuales o poderosos, basta estar, como seamos capaces, como podamos». Me acuerdo del ciego Bartimeo, él logró «estar presente», como podía. Le escuchó pasar, percibió la fuerza de la salvación que aquel Hombre llevaba consigo y salió, siendo ciego, corriendo tras Jesús.

Y es así también en Portofranco. Habría que entrar allí cada lunes como Bartimeo. Intentar estar presentes, como podamos, para darnos cuenta de que Él pasa.

Me conmueve todo lo sorprendente, inesperado, verdadero y al mismo tiempo misterioso que pasa. Y salgo de allí contenta. «¡Mire, profe! Llevo un mes sin suspensos», dice A. tan contento, mientras me muestra en el móvil una serie de notas verdes. Hago como si no viese el único rojo, un tres y medio en lengua. «Mi asignatura...», pienso. Pero le digo: «¡Qué maravilla! ¿Estás contento de venir aquí?». «Sí, profe. Estoy contento por las notas, pero eso no es lo mejor que pasa aquí». Entonces mi corazón late con fuerza. Nada que añadir o preguntar, le acaricio y me asoma alguna lágrima. Hoy también ha venido Jesús y yo estaba allí, como era capaz, como podía. Y le he acariciado.

Cilla (Monza)

(«Alguien que escribe recto en nuestros reglones torcidos», *clonline* 26 febrero 2019)